IDEAS Y FIGURAS

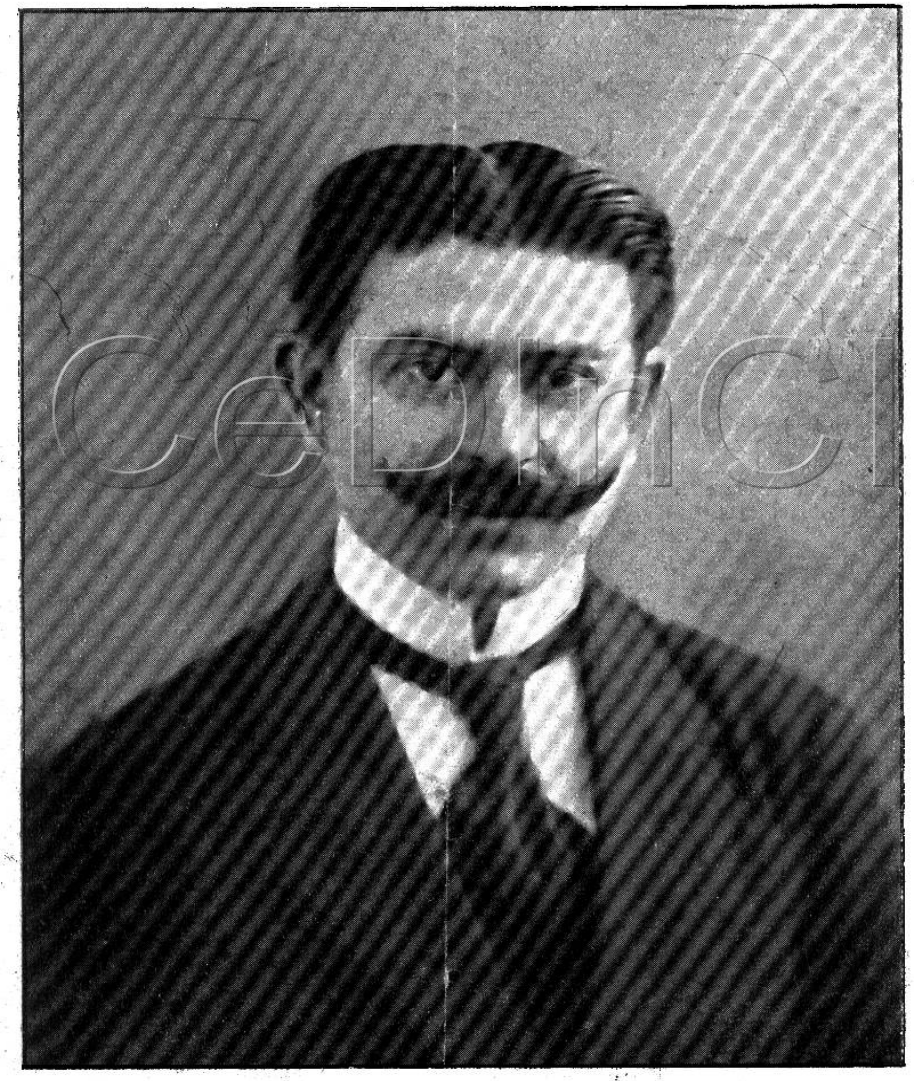
REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

Oficinas: CORRIENTES 402

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

Año V — BUENOS AIRES, JUNIO 18 DE 1913 — Número 92

EL SOFISMA SOCIALISTA



CeDInCI

JULIO R. BARCOS

del poder, son como los curas que predican la abstinencia y viven poseídos por el demonio de la lujuria.

No hay, en síntesis, como estudiar el socialismo político, en los hechos, las ideas y los hombres, para ver claramente sus monumentales mistificaciones.

Esa es la verdad que yo quiero brindar á los hombres nuevos que sienten rumorear en el fondo de su alma rebelde, las grandes voces augurales del futuro; que sueñan con la justicia, ponen su inteligencia al servicio de la Libertad y van hacia la inevitable transformación del mundo.

¿Qué podemos esperar, como pueblo que ansía y tiende á crearse una nueva civilización, del sofisma socialista?

No es necesario vaticinar su porvenir; por el momento, su suerte como partido revolucionario confiada en manos de dos médicos eminentes, ya se sabe cual es. Como los dos son excelentes cirujanos parteros, ambos diagnosticaron de que el alumbramiento de la Revolución se presentaba difícil; es decir «utópico». El muchacho se anunciaba robusto y fuerte y la madre se hallaba postrada y vieja. Era preciso apelar á la operación extrema de tales casos, á la «basiotricia». ¿A quién conservar: á la madre, ó al hijo? Ellos decapitaron el hijo que era la Revolución y salvaron á la madre que es la vieja sociedad capitalista.

¡He aquí lo que en todos los pueblos de la tierra, ha hecho de «práctico» durante el último medio siglo el socialismo político!

Julio R. BARCOS.

"Crónicas Argentinas"

OPINIONES

«Crónicas argentinas», es el título del último libro de Alberto Ghiraldo, que acaba de aparecer, para escándalo de las gentes tímidas.

En ese volumen, que comienza con el «Balance social de un pueblo», el recio publicista agrupa varios de sus recientes escritos de combate.

Nosotros, que no somos tímidos, los hemos leído sin escándalo y con simpatía, y de ellos publicamos uno, el de más palpitante actualidad, aquel que cierra el libro.

Se trata de «Un 1°. de Mayo en Buenos Aires», bajo la jefatura del coronel Falcón, con lo que queda dicho que la página es, mejor que una crónica, una arrebatada proclama.

No tenemos comunión filosófica ni política con Alberto Ghiraldo, ni nos seduce de ningún modo su bandera.

Pero nos vincula, en cambio, á ese joven luchador, algo mucho más valioso y más íntimo: la afinidad de temperamentos.

Porque, Ghiraldo, es ante todo, un temperamento y temperamento superior, y eso constituye un excelso valor humano dentro de esta masa de galantina, que es nuestra masa.

Tenemos en él á un marticultor poderoso y virtuoso, á un luchador entero, sin miedo y sin tacha, en fin, á un ser singular ¡á un hombre!

Mira á la vida, como quien mira á una hermosa mujer, y la contempla tanto, que termina por enamorarse furiosamente de ella.

Y si la hermosa es tan coqueta como hermosa y procura rendirlo con sus favores, y si es tan coqueta como esquiva y trata de desconcertarlo con sus desvíos, ó si tan pérfida como todo eso, tira á matarlo con sus traiciones,—él, amante viril, ni muere, ni se desconcierta, ni se rinde. Reta á la ingrata, invoca los fueros de su virilidad y la somete.

No importa que Ella vuelva luego á las andadas. Seguramente volverá, y Ghiraldo no ha de conseguir jamás imponerle el definitivo imperio de su amor que es su credo. Pero si no será jamás un triunfador, nunca tampoco será un fracasado. Y esto es el mejor timbre de honra de los tipos superiores. Justamente, en eso se diferencian los meros exitistas, que caerán mañana, de los no fracasados, que sostendrán siempre su vertical.

El libro de Ghiraldo debe ser leído por todos los que no tengamos menos de dos dedos de frente y tengan dos dedos más de otra cosa... Católicos ó ateos, ácratas ó socialistas, radicales ó calzonudos—no hacen al caso la filiación ni la secta.

Hay que leerlo (aunque se participe ó no de sus doctrinas y de sus pasiones) porque es un libro honrado y varonil, porque contiene lecciones de energía, de fé y de atrevimiento, para uso especial de esta escuela contemporánea de cobardes, de escépticos y de hipócritas, de la que nadie sale con coraje para nada; porque el culto del coraje ya ha pasado de moda; de la que nadie sale creyendo en nada, porque el ideal ya es una palabra cursi; de la que nadie en fin, sale á jugarse, diciendo lo que piensa y sosteniendo el dicho, porque la sinceridad, siempre agresiva, es cosa de mal tono, no rinde ningún provecho, expone el cuero y atenta contra el confort.

(*Ultima Hora* de Buenos Aires.)

AÑO V — Buenos Aires, Junio 18 de 1913 — Num. 92

IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

OFICINAS: CORRIENTES 462 — ALBERTO GHIRALDO, DIRECTOR

El sofisma socialista

"La burguesía engendra por si misma á sus propios sepultureros. Su destrucción y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables"
Marx.

La victoria electoral

Las mayorías anodinas profesan el culto ciego del éxito. El éxito, es lo único que convence á las gentes sin convicciones, de la bondad de una causa. En política y en todo, este es el mundo de los triunfadores. Para los vencidos, el destierro ó la muerte. Para los prestidigitadores del éxito, la corona de César con el pleito homenaje de los eternamente secundarios en la vida. Y cuando se trata de un medio ambiente enteramente caótico en materia de ideales políticos, como el nuestro, donde hay de todo menos «espíritu público»; es decir, decisiones ciudadanas, acción consciente y propulsora de las masas, voluntad colectiva del pueblo en ara de tendencias francamente regresivas ó audazmente renovadoras, entonces todo el mundo, empezando por nuestra prensa, genuinamente industrialista que cambia en el acto de postura, tributa su jago de laurel al triunfador.

Ayer fué el partido radical el victoriado por la llamada «opinión pública», entidad extraña que todos invocan y que nadie lograría definirla en términos concretos. Hoy la sinfonía del aplauso periodístico ha cambiado sino el motivo, el título.

Y es preciso declarar que estamos hartos de oír siempre la misma partitura. Conocemos vuestro sistema, ilustre Tartufos, de cambiarles el nombre y la tapa á las cosas, para presentarnos como nuevas, ediciones viejas de temas conocidos.

Estas líneas, escritas con una espléndida serenidad de ánimo, aun antes de que haya acabado el batir de palmas con que hasta los conservadores saludan la entrada al poder de los socialistas victoriosos en las elecciones últimas, están destinadas á ser leídas en momentos de reposo intelectual, cuando el espíritu se haya libertado de los efectismos coreográficos que hay siempre en el fondo de las luchas partidistas, para ponerse en condiciones de pesar, medir, desmenuzar, comparar, ver, oír y juzgar hechos, hombres é ideas, que representan un factor político ó social en la historia de la civilización de los pueblos.

La victoria suele producir lamentables espejismos.

Engaña al vencedor y engaña á los vencidos, infatuando al uno y envenenando moralmente á los otros. El objeto de esta crítica es demostrar que esta vez la ilusión ha engañado á los llamados socialistas y está engañando á la conciencia pública del país.

Y para ello, empiezo por ir planteado las cuestiones en términos claros y concretos.

En primer lugar:

¿Los socialistas atribuyen la victoria electoral á la acción única del partido?

¿Creen en la conciencia doctrinaria de los cuarenta y tantos mil electores que les dieron el voto?

¿Aceptan de buena fé el milagro curioso de que un pueblo conservador, que ayer asaltaba y quemaba los diarios obreros, se trueque de la noche á la mañana en socialista militante?

Esto en cuanto al significado moral de la victoria.

Ahora en cuanto al programa, espíritu y acción del partido:

¿El socialismo político, es en su esencia un partido revolucionario?

¿Encarna y representa los intereses, las ambiciones y voluntad del proletariado?

¿Acepta abiertamente, ó rechaza, la lucha de clases?

¿Cree realmente en la revolución económica llamada á reemplazar con el régimen del trabajo, el régimen del capitalismo?

¿Qué se propone, en definitiva, el socialismo político contemporáneo?

¿Cuál es su historia? ¿Cuáles los frutos de su acción parlamentaria?

¿Y cuáles los apóstoles?

El tema es fecundo y á objeto de no complicarlo, ni hacerlo demasiado pesado con minuciosidades, lo abordaremos de lleno en sus principales ramificaciones.

¿Qué se propone el socialismo?

El socialismo, según la teoría marxista, se propone resolver el antagonismo de las dos clases hoy existentes: capitalistas y asalariados; arrebatando los medios de producción á aquéllos para entregarlos á la colectividad.

Para alegar la justicia de este derecho á la expropiación de los elementos de trabajo, he aquí como razonan.

«La burguesía se ha hecho dueña del mundo esclavizando al proletariado; el proletariado se hará dueño de la vida *socializando* los instrumentos de producción.

¿Medios de conseguirlo?

¿A qué medios ha recurrido la burguesía para llegar á constituir la sociedad de la manera que lo está? Ha recurrido á las asociaciones secretas, al incendio de los conventos, al asesinato de los frailes.

«¿No se elevó el capitalismo sobre las ruinas sangrientas de la sociedad feudal? Pués, nosotros — dicen los discípulos de Marx — levantaremos el régimen del trabajo sobre las ruinas del capitalismo».

Y esta fuerza revolucionaria que realice el cambio económico, será la clase obrera, la clase que sufre las consecuencias del régimen acaparador.

Pero, ya veremos lector, como *la teoría socialista* es cosa bien diversa y hasta antitética de la *práctica socialista.*

Un poco de historia

El odio de clases, como sabrás, lector, es anterior á la Revolución Francesa. Él trajo la destrucción del régimen feudal. Él dió orígen al régimen del capitalismo burgués hoy dominante.

Fueron los escritores llamados enciclopedistas los que prepararon el advenimiento del socialismo para más adelante de aquella gran Revolución Política.

Babocuf, Rouseau, Diderot, Prudhon, Leroux, Fourier, Saint Simón, Blanqui y Luis Blanc en Francia, Owen en Inglaterra, Herzen en Rusia y más tarde Mazzini en Italia y Marx, el creador de la fórmula definitiva, en Alemania, he aquí los nombres de los principales teorizantes y precursores del Ideal.

Carlos Marx, fué doctrinariamente, el padre del socialismo político contemporáneo. El dió la fórmula definitiva; le dió base científica y bajo su influencia los proletarios trataron de organizarse en diferentes países de Europa. Los teorizantes, utopistas y profetas hasta entonces habíanse convertido por obra y gracia de Marx en una enorme fuerza de acción. Esta fuerza enteramente nueva resultaba mucho más poderosa que todas las otras fuerzas políticas coaligadas. Se llamaba la organización de los trabajadores y sus fines eran la demolición del actual sistema capitalista y la expropiación de los instrumentos de trabajo por los asalariados.

No tardó esta organización en producir grandes insurrecciones en Inglaterra, Bélgica, Suiza y Alemania Algunas de ellas tan imponentes que como la de Lyon en 1831 hizo temblar de pánico á la burguesía europea.

Del eslabonamiento mismo de dichos acontecimientos, que fueron como la sinfonía histórica de la guerra social que hoy domina al mundo, nació la «Liga de los comunistas» con carácter de revolucionaria, y con residencia en Lóndres.

A Marx y Engels les tocó redactar el histórico «Manifiesto del Partido Comunista» que creo del caso reproducir hoy, por ser un gran documento informativo.

Cábele, pués, al primero, el honor ante la Historia de haber sido el condensador de la nueva doctrina social, en su forma primitiva. Marx hizo dos descubrimientos: el del concepto materialista de la historia; y el de su teoría económica de que el capital no es sinó la fuerza social concentrada.

Eso produjo una revolución en las ciencias económicas y hasta en las filosóficas y naturales, con Spencer y Darwin como ilustres representantes.

La «Asociación internacional de los trabajadores»

El 28 de Septiembre de 1864 se reunieron en Lóndres comisiones obreras de todas las naciones, las cuales encabezadas por Marx y Engels celebraron un gran mitin público donde acordaron fundar la «Asociación internacional de los trabajadores» bajo la divisa del Manifiesto Comunista, de que «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos».

He aquí el susodicho manifiesto.

«Considerando:

«Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos;

«Que la lucha para la emancipación de la clase obrera no es una lucha para conquistar los privilegios y monopolios de clase, sino para establecer derechos y deberes iguales para todos, y para *la abolición de todo régimen de clase;*

«Que la sujeción económica del trabajador á los detentadores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de vida, es la causa primera de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política;

«Que por lo mismo, la emancipación económica de la clase obrera es «el gran objeto» á que debe «subordinarse» todo movimiento político, como medio;

«Que los esfuerzos hechos hasta ahora han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros de las diferentes profesiones en cada país, y de unión fraternal entre los trabajadores de diferentes naciones;

«Que la emancipación del trabajo no siendo un problema únicamente local ó nacional, sino social, interesa á todos los países en los cuales existe la sociedad moderna, necesitando para su solución el concurso teórico y práctico de los mismos;... etc.»

Esta declaratoria de principio fué concretando en los Congresos sucesivos que celebró la Asociación, sus aspiraciones políticas y económicas, sin modificar el fondo substancial de la lucha.

Así en 1867 se declaró «que la emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política».

Al año siguiente y subsiguiente en los Congresos de Bruselas y Basilea, se acordó «que los instrumentos de trabajo deben ser propiedad colectiva de la sociedad entera, siendo usufructuados por las sociedades obreras que directamente los hagan producir, pero garantizando los derechos del individuo y los de la sociedad».

Finalmente en el Congreso de La Haya del 72, se dió á «La Internacional» un carácter esencialmente político que se revela en el siguiente manifiesto que publicó fijando su programa.

«Nuestra Asociación, inspirada en un recto criterio de justicia, ha encontrado el medio de colocar á todos los individuos en situación de contribuir al conocimiento de la verdad. . . . . .

«Así, la verdad hallada por el concurso de todas las inteligencias encuentra á todos los individuos dispuestos á practicarlas, sin trastorno, sin imposición, dejando «el campo abierto á todas las reformas» y al exámen de todas las cuestiones que el progreso presente.

«Queremos la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sóla de productores libres, honrados é inteligentes.

«Queremos que sea el trabajo la base sobre que descanse la sociedad; que el mundo se convierta en una inmensa Federación de libres colectividades obreras de una localidad, que federándose entre sí, formen una «Federación Local», completamente autónoma; que las «Federaciones Locales» de una misma comarca, formen la «Federación Comarcal;» que las diversas «Federaciones Comarcales» de una región, constituyan la «Federación Regional» y por último, que entre todas las «Federaciones Regionales» del mundo, formen la gran «Federación Internacional».

«Queremos que los instrumentos de trabajo, la tierra, las minas, los arsenales, los buques, ferrocarriles, fábricas, máquinas, etcétera, etcétera, sean de la sociedad entera, debiendo ser únicamente utilizados por las colectividades obreras que los hagan directamente producir, en el caso de las cuales recibirá el obrero el producto íntegro de su trabajo.

«Queremos la enseñanza integral para todos los individuos de ambos sexos en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes, á fin de que desaparezcan estas desigualdades intelectuales, en su casi totalidad ficticias. . . . . .

«Creemos que con la fusión de todas las clases sociales en una sóla de trabajadores libres, desaparecerán las luchas intestinas que corroen las entrañas de la sociedad, porque no teniendo el individuo interés opuesto á los intereses generales, todos perseguiremos un mismo fin: el bien estar general de la humanidad.

«Creemos que con la organización de la sociedad en una vasta federación de colectividades obreras, teniendo por base el trabajo, desaparecerán todos los poderes autoritarios, convirtiéndose en simples administradores de los intereses colectivos, y que el perjudicial espíritu de nacionalidad, el «patriotismo» tan contrario á la unión y solidaridad de los hombres, desaparecerá ante la gran patria del trabajo, que es el mundo entero.

Termina diciendo: «Nuestro lema no puede ser más claro ni terminante:

«No más derechos sin deberes; no más deberes sin derechos.»

«O en otros términos:

«El que quiera comer que trabaje.»

El elector que ayer dió su voto á los candidatos socialistas por simpatía á «las personas», pero sin conocer «las ideas», indudablemente se quedará perplejo y confundido leyendo los antecedentes históricos que documentan el proceso del socialismo legalitario.

Pero veámos cuál era la conducta que «La Internacional» se había trazado para el día en que triunfasen las ideas. Y en qué medida la realizó.

Uno de sus campeones la exponía en estas palabras:

«El fin del orden social presente y la renovación de la vida con la ayuda de los nuevos principios, no puede conseguirse más que por la concentración de todos los medios de existencia social en manos de «Nuestro Comité» y la proclamación del trabajo físico obligatorio para todos.

«El Comité, inmediatamente después de

la caída de las instituciones actuales, proclama que todo es propiedad común, ordena el establecimiento de Sociedades obreras y publica los cuadros estadísticos, confeccionados por los expertos, que designen las ramas de industria más necesarias en una localidad dada y aquéllas que puedan encontrar obstáculos en las mismas.»

Los grandes acontecimientos políticos de Francia, dieron á los internacionalistas oportunidad de ensayar su sistema. La proclamación de «La Comune» el 18 de Marzo de 1871 fué el primero y el más grande de los triunfos del ejército proletario, de cuyo suceso recojeremos profundas enseñanzas aplicables á la teoría y práctica de la Historia.

Desde allí data la bifurcación de la teoría socialista y de sus métodos de lucha

No estará de más que hagamos una revisión rapidísima de este soberbio capítulo de la Revolución Obrera, el más grande acontecimiento netamente social del siglo XIX.

La Comuna

¿Qué es la «Commune» que tanto preocupa el ánimo de los señores burgueses?

Fué el estallido de la revolución proletaria provocada por los abusos mismos de la burguesía: las infamias reaccionarias de Thiers; la reacción orleanista con demostraciones rabiosamente anti republicanas; las restricciones contra la difusión y libertad de la prensa; la sentencia de muerte contra Blanqui y Flourens; la entrega de las fuerzas policiales á elementos imperialistas y jefes del jesuitismo, todo ello acabó de exasperar al pueblo de París que en la mañana del 18 de Marzo de 187, se levantó unanime al grito de ¡«Viva la «Commune!»

¿Y qué era, la «Commune?»

Según el manifiesto del Comité Central significaba que «los proletarios de París, cansados de los engaños y traiciones de que la clase media les había hecho víctimas, habían creído llegada la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los negocios públicos; que los trabajadores habían comprendido que su deber imperioso y su derecho absoluto, era hacerse dueños de su propio destino, tomando las riendas del Gobierno».

La «Commune» no era un cuerpo parlamentario, sino un cuerpo trabajador, legislativo y ejecutivo á la vez. Se componía de consejeros elegidos por sufragio universal en los distritos, responsables y revocables en breve plazo.

La policía fué despojada de sus atribuciones políticas y transformada en un agente de la Comuna, responsable y revocable en todo tiempo.

Una vez abolidos el ejército permanente y la policía que constituían la fuerza material del antiguo Gobierno, la Comuna ansiaba destruir la fuerza espiritual de represión, el poder clerical, declarando propiedad colectiva todas las iglesias.

La instrucción pública se hizo gratuíta y libre sin intervención de la Iglesia ni el Estado.

Todos los funcionarios públicos, jueces y magistrados, fueron despojados de aquella falsa independecia que había servido sólo para ocultar su abyecto servilismo con todos los gobiernos. Los órganos meramente represivos del antiguo poder gubernamental, irían siendo amputados del régimen comunal.

La «Commune» admitió á todos los extranjeros que querían tener el honor de morir por su causa.

«Thiers, la burguesía y el segundo Imperio—dice Cascales,—han engañado continuamente á Polonia con sus manifestaciones de simpatía, siendo así que en realidad la vendían, sirviendo de asquerosos instrumentos á los planes del gobierno ruso. La «Commune» honró á los heróicos hijos de Polonia colocándolos á la cabeza de los defensores de París.»

La «Commune» sólo duró dos meses. ¿Cuál fué la eficacia del nuevo régimen? Habla el pensador antes citado que es un simple estudioso de la materia.

«Admirable fué el cambio que la «Commune» introdujo en París! Ya no quedaba ni rastro del París prostituído del segundo Imperio. Ya no era el París que servía de punto de reunión á los lores ingleses, á los viajeros irlandeses, á los esclavistas americanos, á los potentados rusos y á los boyardos válacos.

«Ya no había cadáveres en la Morgue, ni escalamientos ni robos nocturnos. Era la primera vez que desde Febrero de 1848 había seguridad en las calles de París, y eso que no existía policía de ningún género.

Un miembro de la Comuna dijo: «Ya no oímos hablar de asesinatos, de robos ni de ataques personales; parece que la policía se ha llevado consigo á Versalles á todos sus amigos los perpetradores de esos crímenes.»

«Las prostitutas se habían ido al olor de sus protectores, de esos defensores de la familia, de la religión y de la propiedad. En su lugar aparecieron las verdaderas mujeres de París, heróicas, nobles y decididas como las mujeres de la antigüedad.

Por desgracia el reinado de la Justicia Social, duró poco; fué como una exhalación simbólicamente luminosa de la Historia, que dejó una fé nueva en el ánimo de las modernas generaciones, fé en la fuerza de la Idea y en la acción consciente de la fuerza para transformar al mundo, librando de trabas la vida de los hombres.

Ya sabrás lector, cómo vengó la burguesía sus rencores, cuando la conspiración de Thiers con el invasor extranjero, coronó su triunfo con la carnicería de París, entregándolo á los bandidos bonapartistas para que saciaran en él su sed de venganza.

«Nuestro fin está alcanzado—decía Thiers á los rurales—La victoria del orden, de la justicia y de la civilización está ganada».

Y en verdad que la civilización, el orden y la justicia del lenguaje burgués se presentan entonces sin disfraz bajo la forma de una venganza feroz y sin misericordia. Oigamos á Cascales:

«Las atrocidades de los burgueses en Junio de 1848 palidecen ante la infamia incalificable de 1871. El heroismo con que se sacrificó la población de París, hombres, mujeres y niños, luchando durante ocho días después de la entrada de los versalleses, atestigua no tanto la grandeza de su causa, como los actos infernales de la soldadesca, y reflejan el espíritu de una civilización de quien esta soldadesca es la vengadora mercenaria». La burguesía dió la lección del crímen á los vengadores de la Revolución para lo sucesivo».

Acabamos de remover el suelo desde donde arrancan las raíces del socialismo. Estos son los orígenes realmente revolucionarios de la doctrina, señores.

¿Han sufrido después, algún gran cambio las ideas?

¿Ha «avanzado,» ó «retrocedido» en su acción reformadora, el socialismo contemporáneo?

Las dos cosas. Es decir, se ha dividido en dos fuerzas antitéticas que se polarizan en el mundo de la Idea. La primera conserva la pureza del espíritu revolucionario y es el anarquismo; la segunda se identifica con el espíritu de las castas conservadoras, y es el socialismo político reaccionario.

Dos espíritus gigantes fueron los agitadores de la Europa del 70, Carlos Marx y Miguel Bakounine. En ellos se bifurca el tronco de la Revolución. El uno fué el génio de la Idea; el otro el génio del sentimiento y de la acción. Marx dió la disciplina de la organización; pero faltaba que el soplo cálido de la fé penetrara hondo en el corazón de los oprimidos y trocara en héroes á los esclavos. Eso hizo Bakounine, Luzbel del Pensamiento que sembró el derecho y la rebelión en las conciencias proletarias. Ambos no cabían en el mismo escenario, y á pesar de que pudiera haberlos unido la Idea, los dividió sus opuestas idiosincrasias.

Pero vamos por partes.

Marx y Bakounine

Dice Bakounine en el escrito «Relaciones con Marx»: «El, me llamaba idealista sentimental, y tenía razón; yo le llamaba vanidoso, pérfido y taciturno y también tenía razón.»

He aquí pintada en dos líneas la diversidad de temperamentos y caracteres. Sobre los hechos históricos han continuado proyectando estas dos cabezas del movimiento social revolucionario, sus características personales.

Marx, dominador, celoso de su influencia personal, autoritario y pérfido con tal de llegar á su objeto, se sintió molesto con la presencia de Bakounine en La Internacional. Y no era para menos; aquél tenía el poder fascinante de la sugestión sobre quienes le oían ó rebatían en sus ideas. Marx intrigó y calumnió hábilmente aunque sin resultados, á Bakounine, sindicándole en correspondencias y artículos anónimos de la prensa europea, de espía mandado por el gobierno ruso, y otras infamias. De tal manera le falló el procedimiento, que algunas veces hubo de tener que desmentirse en formas tan visiblemente insidiosas como ésta: «Nosotros hemos comunicado este rumor á nuestros lectores tal como nos ha llegado al oído por dos conductos diferentes».

En el Congreso de la Haya de 1872 libraron batalla las dos tendencias que dividían La Internacional.

Bakounine, considerando que el tiempo de las «individualidades históricas» había pasado para siempre; y que era preciso ver á «todas las masas humanas realmente emancipadas de las autoridades, como de todos los héroes presentes y futuros», se declara enemigo de la organización autoritaria y partidario de la organización anárquica. Quería salvar la Revolución del dominio absorbente de los llamados «hombres providenciales».

«Soy más que nunca—decía— el adversario de la centralización del Estado revolucionario, y sólo veo la solución en la anarquía revolucionaria dirigida sobre todos los puntos por una fuerza colectiva invisible, única dictadura que admito, por que es la única compatible con la sinceridad y la plena energía del movimiento revolucionario».

«Las revoluciones políticas, con los partidarios de la dictadura ostensible, una vez que han conseguído un primer triunfo, recomiendan que se aplaquen los ánimos y se restablezca el orden, la confianza y la sumisión á los nuevos poderes establecidos De este modo se reconstituye el Estado.

Es así que se produce entonces el cisma, dividendo la organización obrera en dos fuerzas. La Internacional y «La Alianza democrá-

tica», fundada por Bakounine con casi la totalidad del proletariado español.

«La internacional»—decía Bakounine—prepara los elementos de la organización revolucionaria pero no la realiza. Se limita á organizar la lucha pública y legal de los trabajadores, haciendo la propaganda teórica de las ideas socialistas en las masas obreras, lo cual no es por cierto «la organización revolucionaria de las masas».

En resumen, la diferencia de los socialistas teóricos, y prometen al proletariado ese momento en que los primeros esperan su emancipación de la reforma del Estado y los segundos lo esperan de la destrucción del Estado.

Es así como los marxistas de hoy se llaman socialistas políticos, ó parlamentarios, ó legalitarios, ó evolucionistas, mientras los descendientes de Bakounine se llaman anarquistas, simplemente.

Y á pesar de ser uno sólo el origen de ambas, nada hay en el presente que los una, tan opuestas direcciones han tomado en su finalidad y en sus procedimientos de acción, las doctrinas. Mejor dicho, tanto ha concedido el socialismo político al espíritu conservador de las instituciones burguesas, que ha terminado por pactar con las castas privilegiadas contra los que continúan alentando la pureza de su fé revolucionaria y gustan denominarse á sí mismos hombres sin ley, sin dios y sin patria. He aquí como hablan los descendientes de la doctrina. Vuestra libertad política es una ficción; dadnos la libertad económica que es lo esencial.

De aquí que socialistas y anarquistas, sean seres diferentes que viven no ya en zonas distintas, sino en mundos opuestos, moralmente é intelectualmente considerados.

Los primeros denominándose revolucionarios «prácticos» llaman á los segundos idealistas teóricos y prometen al proletariado hacer la revolución pacífica desde el poder gracias al sufragio universal, sancionando leyes.

Veamos en qué consiste el «practicismo» y el «revolucionarismo» de estos bravos apóstoles del pueblo, que tanto amor fraternal sienten desde las alturas del gobierno por los «hermanos» trabajadores.

Cuarenta años de socialismo

Hace cuarenta años que el soberano pueblo tiene en sus manos la máquina prodigiosa de su felicidad: el sufragio universal. Otro tanto hace que tenemos diputaciones socialistas en Europa y ved los resultados. Habla Francis Delaisi en su documentadísima obra «La Democracia y los hacendistas»:

«En poco menos de medio siglo, tres leyes sociales votadas: la una sobre los accidentes del trabajo, se la escamotean las compañías de seguro; la segunda sobre el descanso dominical, no se aplica, y la última sobre los retiros obreros, será una entruchada financiera.

«Aparte de esto, los proletarios continúan soportando la casi totalidad de los impuestos, como antaño; los obreros continúan siendo fusilados por la tropa, y los militantes encarcelados en nombre de los grandes principios y de la libertad de la imprenta».

(¡Allá lo mismísimo que acá!...)

«En cambio, reinan los hacendistas; los empréstitos repetidos enriquecen á nuestros banqueros; el dinero de las reformas sociales se gasta en acorazados de 40.000.000 que se van al fondo del mar con admirable buena voluntad; los 100.000.000 de las congregaciones se evaporan en los bolsillos de los liquidadores, de sus protectores políticos y de sus comisionados. Los políticos son cómplices, la magistratura aprueba y el gobierno prepara nuevos «programas».

«Por todas partes, pues, la corrupción se ostenta únicamente y ni siquiera podemos indignarnos, porque «se ejerce en nombre del mismo pueblo soberano».

La democrácia es el biombo que oculta y proteje el poder de los ricos, dice Delaisi.

Es el sistema burgués: dar al pueblo la ilusión del poder y á los hacendistas su realidad.

Y he ahí que la famosa soberanía popular, resulta una ficción, una apariencia, un mito con el que se sigue atrapando votos y arriando caravanas de incoscientes ó de ingénuos.

Y he ahí, á los representantes socialistas sancionando con su presencia en el Parlamento; poniendo el visto bueno á las leyes dictadas por la burguesía; absorbiendo toda la acción de las masas en la función parlamentaria; paralizando el impulso reivindicador del proletariado y prestando en los momentos de crísis política, el más grande apoyo al Estado que, como lo define Labriola, no es sino «el gobierno oligárquico de la democracia plutocrática.»

Pero no es solamente en Francia donde el socialismo político ha fracasado, abortando su legislación de reformas parciales y corrompiendo en el poder á sus hombres, sino que lo mismo ha sucedido en Alemania, Bélgica, Italia, Suiza y en toda las naciones donde ha llevado sus representantes, inclusive entre nosotros que aunque recientemente estrenados en el poder, ya lo han hecho con flagrantes claudicaciones.

En Alemania los 3.000.000 de electores que llegó á tener el partido socialista, le brindaba brillante ocasión de «avanzar» en su acción revolucionaria pero al contrario, el triunfo electoral sobrecojió de miedo á los jefes del partido — eso á pesar de que viven á la sombra del padre de la doctrina, Marx —y en vez de «avanzar» un paso dentro de aquel régimen inicuo, dos veces imperialista por su nacionalismo militar y por el de su industrialismo expoliador, sólo les sirvió para «retroceder» paralizando la marcha de la Revolución, por las llamadas vías legales. ¿Y en Italia?

Es la Historia del Socialismo pues, en todas y cada una de sus páginas, la que así declara y testimonia la bancarrota de la «Reforma Social» y su injustificación parlamentaria. Y son los hechos también la idiosincrasia mental de los jefes socialistas las veleidades y transacciones claudicantes de todos ellos, lo que mejor describe los rasgos morales de estos «falsos revolucionarios y malos burgueses», que lo único «práctico» que han hecho en su vida, es levantar como los curas disidentes otra capilla frente á las capillas de los viejos dogmas políticos, pero sin dejar de ser siempre taumaturgos consumados de la impostura parlamentaria.

Los trabajadores, en su mayoría «comprenden» la farsa y los burgueses que no tienen pelo de zonzos, no tardaron en descubrir el juego de estos congéneres suyos disfrazados de apóstoles. Por eso viven tranquilos. Se han dado cuenta de que para el actual régimen oligárquico de esta democracia plutocrática el peligro no vendrá de allí

¿Etiquetas nuevas?

Sorel recuerda del profesor Espinas á propósito del socialismo de Estado, esta exclamación: «¡Pero eso son antigüedades que se representan con nombres nuevos!»

A qué extremo habían corrompido la teoría los socialistas italianos con Turatti y Ferri á la cabeza, inventores del «socialismo jurídico» y otras pintorescas sofisticaciones, que han ido poco á poco revelando la corteza revolucionaria de éstos.

Ya todos saben la traición de Ferri á sus ideales internacionalistas y humanistas, declarándose patriota bélico, partidario de la guerra de conquista. Este mismo bufón del socialismo político, fué el mayor enemigo de la violencia, llamando á los socialistas revolucionarios los del sistema «catastrófico». Estos bandidos con alma de piratas que blasfeman contra el uso de la fuerza puesta alguna vez, al servicio del derecho; que creen hacer revoluciones sociales con agua bendita y discursos en el Parlamento, no se desdeñan, sin embargo, en aconsejar el crímen militarista para despojar á los pueblos débiles de su posesión territorial y su libertad.

Pero no es sólo Ferri. Buonomi que es el iniciador de «la nueva era» del partido socialista italiano, he aquí la nueva política de componendas con las fuerzas monárquicas, que aconseja al partido, bajo un programa «democrático». Esta democracia se propondrá dos fines: «la consolidación de la paz armada europea y la conservación del carácter láico del Estado.»

Eso era lo que faltaba á los socialistas para demostrar su ódio á la Revolución: se han hecho militaristas... y basta.

Este es el más fiel documento del alma conservadora de la parte superior del socialismo italiano, cuyo «programa reformista», coincide maravillosamente con el de todos los partidos conservadores, quedando muy atrás del de los partidos democráticos progresistas ó republicanos liberales.

Estos génios del socialismo político, han querido ser tan sutiles, que se han diluído en el seno de la burguesía de donde proceden y adonde van, ó mejor dicho, se han volatizado como el éter, dejando sin contenido el frasco.

¿Y el famoso partido obrero á qué queda reducido entonces?—se preguntará la sagacidad de gobernantes y potentados.

Pero el partido obrero no existe; no es nada más que una etiqueta de partido, es como el guiso de liebre sinliebre. Existe un programa mínimo del mínimo, de mejoras populares con el que se improvisan fracciones inorgánicas de electores y eso es todo. Sabéis cuántos adherentes cuenta en la Capital Argentina el socialismo? No alcanzaban á 2.000 antes de la primera elección. Hoy apenas se ha triplicado el número. Los trabajadores adheridos á la organización obrera del país, no tienen la ilusión del parlamentarismo. Por eso ha sido fuerte y capaz de grandes movimientos gremiales. Ella no abdica de su «capacidad de obrar» en los momentos dados; no delega en amos de ningún género el libre y ámplio ejercicio del derecho; sabe que la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos; no necesitan pastores ni árbitros inter legales; los obreros federados hacen valer su acción directa de clase asalariada, sin dejarse adormecer por las sirenas de la oratoria tartufescamente revolucionaria de los doctores ricos y felices que mueren de amor por la causa proletaria.

Generalizando

El socialista reformista, es «estatólatra» por excelencia. Vale decir que es servil y fiel instrumento del Estado.

Uno de los caracteres típicos de la mentalidad reformista, es el ódio singular por la violencia—dice Labriola, después de hacer un brillantísimo análisis de la crísis actual del socialismo en un libro que recomiendo á todos los trabajadores: «Reforma

y Revolución Social», son enemigos acérrimos de la sublevación.

Carecen pues del espíritu práctico que se atribuyen. El político burgués tiene al menos, el génio de la conspiración.

Ellos son entonces los que tienen espíritu «utópico» y son absolutamente teóricos, porque niegan la acción decisiva de las masas proletarias.

He aquí un hecho que los pinta en toda su cobardía intelectual y faltos de moralidad revolucionaria.

Recientemente abiertas las fosas de 1898 para los caídos bajo la fusilería de los soldados en Milán, cae muerto el rey Umberto I.

«En aquella ocasión, varios periódicos socialistas italianos salieron de luto» dice Labriola, citando sus nombres.

«Después de la ejecución del rey—añade—el viejo «¡Avanti!» llegó á escribir que los anarquistas individualistas eran fieras feroces y debieran ser tratados como tales. Lenguaje sencillamente infame.

Entre nosotros, cuando la muerte de Falcón, los socialistas en coro, dijeron que condenaban severamente el crímen. No tuvieron la valentía de declarar que ese crímen, era el fruto del crímen policial del 1º. de Mayo.

Pero, nuestros socialistas no han tenido nunca fundillos de revolucionarios.

Son rebeldes «pour la galerie y pour les dames...»

Nuestros jefes socialistas tiemblan por el desorden que pudieran producir las masas exasperadas.

En sus discursos aconsejan la tranquilidad y el orden al pueblo amordazado y engrillado por una ley criminal y bárbara, restauradora de las inquisiciones policiales moscovitas.

Ellos enseñan la virtud evangélica de la paciencia. Hay que sobrellevar la afrenta diaria de la tiranía con resignación y confianza. ¿Para qué están ellos en el Parlamento? ¡Ellos serán la divina providencia de los esclavos!

La violencia hay que desterrarla. Se debe ser evolucionistas pasivos, así llaman ellos al fatalismo musulmán disfrazado con modernas vestimentas filosóficas.

Y es que, la verdad: los socialistas son en los momentos de acción, infinitamente más..... tímidos que los burgueses. Acaso por que son contradictorios; ó porque no han definido su sexo en materia de ideas, no siendo machos ni hembras revolucionarios ni conservadores; no estando definidamente ni con Dios ni con el Diablo para lograr estar bien con ambos; pero el hecho ostensible, verídico, es que en el momento de la acción, demostraron pusilanimidades mujeriles, amontonando luego ponchadas de sofismas en justificación de sus injustificables actitudes néutras.

El fariseísmo intelectual de los políticos burgueses, es perfectamente lógico si se tiene en cuenta que ellos invocan y defienden con dogmático empecinamiento las instituciones sociales del orden burgués, instituciones que la burguesía ha creado y que es natural por consiguiente sea también la burguesía quien ansíe conservarlas. Pero no es lógico, sino absurdo que quienes proceden de un partido revolucionario cuyo propósito esencial, doctrinario, es destruir dicho régimen, entren en transacciones y componendas con aquéllos, sus más empedernidos sostenedores.

Podrá haber una finalidad de «exitismo» político para los individuos que ven en ello el medio factible de llegar al poder, eso no lo negamos, pero el éxito de los individuos no es el éxito de las ideas.

Y es que el mal está en la política misma. El profesionalismo político no forja apóstoles, pero sí engendra ambiciones de triunfos personales y entonces el amor de la revolución se convierte en el culto del éxito por el éxito.

Marx que tenía la experiencia exacta de esta verdad, ha descalificado antes que el autor de estas líneas esos contubernios incestuosos, entonces, menos frecuentes que hoy, entre los políticos del socialismo y los políticos reaccionarios del orden burgués, llamándoles «horchatas de Berlín».

«A propósito del famoso programa de Gotha—programa formulado para construir el edificio de la unidad socialista alemana,—nos recuerda Ghiraldo en uno de sus libros, la frase de Marx: «eso es un compromiso con el socialismo de estado, con la utopía Lassaliana utilizada por Bismarck; es la repudiación del socialismo revolucionario, es una engañifa. Y completa la frase así: «Y engañifas, «horchatas de Berlín», serán siempre todas las transacciones todos los compromisos, todos los acuerdos políticos que se lleven á cabo con las clases dirigentes».

Y añade Ghiraldo:

«Por lo tanto, la lucha es puramente económica y educadora, siendo en este sentido, que debemos esforzar nuestra propaganda, concentrar nuestra acción.

«Os concito á que meditéis acerca de las siguientes declaraciones de la minoría de la comisión del Congreso socialista de Londres:

«Durante mucho tiempo los trabajadores franceses han combatido por los medios políticos que siempre confundieron con el parlamentarismo. El movimiento corporativo estaba entonces subordinado al movimiento político, cuyo objeto era la conquista del poder. Hoy, siendo mucho más socialistas y revolucionarias, las organizaciones obreras se desinteresan de la política, que consideran como un orígen de divisiones. No queriendo ser por más tiempo la presa de los políticos, los socialistas se apartan de su dominación y quieren consagrarse por entero á la organización libre de las fuerzas corporativas, y su objetivo no es ya la conquista, sino la supresión del poder. Y esto con objeto de libertar á los trabajadores de todas las opresiones capitalistas y gubernamentales, é implantar una sociedad de hombres emancipados de toda esclavitud política y económica, por medio de la posesión en común de todas las riquezas sociales y de la organización racional del trabajo.

«Observa Hamon, que, de un modo general, en Francia la tendencia más extendida entre los socialistas, es revolucionaria, antiparlamentaria y libertaria.

«Tengo el convencimiento de que un socialismo de Estado, nos llevaría á una situación mucho más desesperante que la actual. Por otra parte, la idea madre del socialismo, no consiste en mejorar, en corregir el Estado. Se trata de suprimir, de destruir algo existente. Creo, pues, que es obrar con inocencia el tratar de aumentar el poder de resistencia del Estado, cosa que, indudablemente, dificultaría, demoraría la revolución, que, como se ha dicho, se llevará á cabo, no con la burguesía ó por la burguesía, sino contra la burguesía.

«Dejemos, pues, que ésta se esterilice por sí sóla. Ella, como alguien lo observa, se asemeja á aquel animal que Flaubert pinta en su célebre libro «Las tentaciones de San Antonio»: se devora sin darse cuenta de ello. No llevemos, entonces, á su organismo en desmoronamiento los glóbulos rojos de nuestra sangre. Esto es ir contra nosotros mismos...

«Sois vosotros, jóvenes luchadores, exentos de prejuicios y de cobardías, los llamados á iniciar en América la verdadera y pura propaganda de las ideas nuevas. La tarea es penosa, árdua, llena de inconvenientes; pero hermosa, bella, noble y fecunda. Para realizar el grande ideal es necesario llevar el convencimiento de su fuerza á todos los que sufren en los talleres y en los campos, esclavizados al aire libre y en la sombra.

«Una vez que el convencimiento llegue, la revolución es un hecho. Los opresores, son un puñado; los oprimidos, legión. Entonces bastará que estos se levanten y serenamente digan: ¡hemos resuelto ser libres!»

Hasta aquí el autor nombrado.

Hemos evidenciado desde el punto de vista de los hechos, de las fuentes históricas de la doctrina y de la lógica clarísima de los principios, la contradicción palmaria que hay entre «los hombres» y «las ideas» del socialismo parlamentario.

Y entonces, ¿á qué se reduce el tan ponderado socialismo gubernista de nuestros tiempos?—Será la pregunta que saldrá á los labios del lector.—A lo que contestamos en nombre de la verdad y del sentido común:

Pues, á un simple partido político como cualquiera de los existentes, que lo mismo puede cambiar de la extrema izquierda á la extrema derecha, según tenga ministerios en el oficialismo ó mantenga su independencia de partido popular.

Ahora, permítasenos hacer la autopsia moral de los jefes de nuestro flamante y triunfante socialismo argentino.

Cabezas del partido - Personalizando

La crisis de hombres característicos en los partidos gubernistas; la desmonetización completa de dichos partidos, hijos de las típicas oligarquías criollas y los nepotismos dictatoriales que constituyen toda la historia política del país; la inercia y la vacuidad de un gobernante «cuasi providencial» con fastuosidades de emperador pero sin visiones próximas ni lejanas de las realidades sociales del presente momento histórico; además, el saqueo escandaloso á la hacienda pública llevada á cabo por la camada figueroista; la opresión y el vejamen de las leyes inquisitoriales que asesinan las libertades del pueblo; el hambre y la miseria que se presentan de modo inquietante, lo mismo en la campaña que en las ciudades de la República y la bien nivelada mediocridad intelectual de los hombres del parlamento argentino, he aquí algunas de las circunstancias favorables, para los representantes socialistas alrededor de los cuales la opinión ha creado esa atmósfera momentánea de simpatía, no por amor á sus ideas doctrinarias, que desconoce, sino por representar aquellos el papel de los partidos opositores frente á la prepotencia del oficialismo triunfante.

El presidente Sáenz Peña á quién van fallando todos los vaticinios de su primer mensaje, respecto de cuestiones que él negó existieran entre nosotros y que suele tener gestos de rey magnánimo, dejó—esa es la palabra—llegar al poder á los radicales, abstinentes subversivos, para que dentro de la acción «legalitaria» se descalificaran ante el país por sí mismos, en razón de su propia insignificancia.

Y en efecto, aquellos sacerdotes de la virtud, no podían ser temidos: á fuer de puros resultaban demasiado innocuos. Les pasaba lo que á la «gente honrada» de nuestra sociedad: que no servían ni para el bien ni para el mal. Mejor dicho que no pecaban

por que nunca habían tenido la oportunidad de pecar. La virtud por la virtud, fórmula estéril en política como en estética la del arte por el arte, no representaba un programa, un ideal de acción, una tendencia afirmativa. Pero no, ellos demostraron á la faz del país una cosa: que el radicalismo es un partido político regresivo al que nada le queda por hacer ni dentro ni fuera del gobierno.

Y bien, ¿no hallais lector la lección aplicable á las diputaciones llamadas socialistas? ¡Mañana, el tiempo nos dirá!

Dependerá la duración de este éxito, de la perspicacia con que procedan los militantes de los demás partidos.

Les bastará echar una ojeada sobre la moderna legislación de las naciones europeas para comprender que las ideas han cambiado, que el mundo, á pesar de ellos se transforma y para descubrir, sobre todo, que el llamado programa mínimo del partido socialista, es el mínimo de cualquier partido demócrata progresista de paises monárquicos como Inglaterra ó federales como Suiza.

Si en vez de formar inseguros rebaños electorales, los jefes conservadores se trazaran un programa superficialmente reformista, ya fuese republicano, constitucionalista ó radical democrático, inspirado en un liberalismo económico que intensificara ó extendiera la industria y el comercio, mejorando la suerte de los que trabajan; si no se dejaran escamotear las iniciativas liberales que como las del divorcio, abolición de la pena de muerte, separación de la iglesia del estado, cooperativas agrícolas, abolición del proteccionismo industrial, seguros para la vejez y fomento de las escuelas públicas, caben en el programa de cualquier partido progresista, no se verían desalojados por sorpresas de sus bancas legislativas.

Pero los pierde la indigencia cultural de sus espíritus. Ignoran el mundo en que viven y está muy gastado después de medio siglo de uso, el sonajero lírico del patriotismo. Las masas populares están realmente empalagadas y hartas de tantas generaciones patrioteras á base de verbalismo y tantos necios apóstoles del pasado.

Esa ignorancia supina de las cuestiones sociales, es la que los desorienta y de la que sacan por el momento, grandes ventajas los socialistas dentro del parlamento.

El doctor Justo dejaba «epaté» á sus colegas el año pasado al fundar en un discurso escandalosamente sofístico su proyecto estrecho de ley de las agremiaciones obreras, donde proscribe al proletariado de las inmigraciones.

La tal ley es un mosáico pintoresco que el autor ha construído con paciencia china, tomando fragmentos de treinta leyes diversas vigentes en algunos estados de Norte América y Australia.

Esta erudición extraña, condimentada con algunas frases en inglés, por lo mismo que dejaba en ayuna á la Honorable Cámara, le acreditó patente de sabiduría sociológica. Desde ese momento se conquistó un gran respeto intelectual del que continúa sacando provecho. Y hace bien.

El diputado Justo, es con todo esto, el más eficaz del block socialista. Es el que tiene ideas más definidas y el que se expresa en lenguaje más claro. No borda con filigranas literarias su estilo cortante, conciso, categórico. Es el antípoda del doctor Palacios, verbalista florido y doctoral pero á base de un inconsistente diletantismo revolucionario. Justo dice lisa y llanamente lo que tiene que decir, y eso lo singulariza y lo destaca. Conoce el medio y los hombres, pues su profesión y su fortuna le han hecho actuar en el ambiente burgués; ha visto la ignorancia de ciertas cosas en sus honorables colegas, y se ha llenado los bolsillos de ironías sangrientas.

Tiene el desparpajo del canillita callejero al que no se le importa un pepino de lo que le rodea y arroja los guijarros de la sátira con excelente puntería. A veces le ha tocado enmendar la plana de su compañero de banca, como en el día de la interpelación de Palacios al Ministro de la Guerra.

Hablaba el Ministro diciendo que toda esa propaganda contra el ejército, era debida á una confabulación de la prensa para iniciar una campaña antimilitarista...

—«¡Esa propaganda, jamás entrará en los corazones argentinos!»—interrumpió el «leader» socialista ahuecando la voz y teatralizando la mímica.

Justo replicó al Ministro diciéndole que él no debía ignorar que esas ideas tenían prestigio universal, puesto que en el mismo seno de la Cámara había algún pensador eminente, miembro del Congreso de la Haya donde se propuso el desarme de las naciones.

Palacios tragó la píldora en silencio. Drago sonreía del «revolucionarismo» del diputado socialista.

Ese es Justo dentro del Parlamento. Es el político de la línea recta no en cuanto al ideal revolucionario que me temo no haya penetrado muy hondo en su buena alma burguesa, sino en cuanto á su acción personal de hábil político. Nada de rodeos. El que anda con subterfugios no va terminantemente donde quiere.

Dentro del partido, todo se subordina á su voluntad. Es un imperialista del pensamiento, un César, un Papa sombrío y colérico que castiga y excumulga ó anatematiza al que logra irritarle. Por eso le temen, le adulan y le obedecen tanto sus correligionarios. Y él hace dentro y fuera de los Cogresos que realiza el partido, el catecismo y la disciplina de su ortodoxia socialista.

En una parte de su libro «Teoría y Práctica de la Historia» dice: «De dos hombres en igualdad de inteligencias, impone más sus ideas quien menos impone su persona».

¡El,... que tiene la enfermedad del mando y que se encoleriza como un chico mimado cuando se le contraría...!

Más adelante... ó más atrás, dice también que «Para comprender la Historia, hay que hacer la Historia». Muy de acuerdo, le contestamos los partidarios de la acción concientemente revolucionaria.

Pero, ¿cómo?

¿Paralizando la acción de las masas proletarias? ¿Convirtiendo la organización obrera en fuertes rebaños electorales?

¿Esperándolo todo de la legislación socialista, que organiza la rutina; que afianza con su concurrencia el actual estado de cosas; que obtiene insignificantes concesiones á cambio de la renunciación del derecho á la Revolución Social?

¡Vaya, hombre...! Preciso será convenir en que los anarquistas son á pesar de «líricos, utopistas y teóricos» como los llama el doctor Justo, un poco menos ingenuos y más lógicos cuando afirman á las clases trabajadoras, que no deben esperar nada de la acción política, del «cretinismo parlamentario» como el mismo Marx llamó á esta clase de lucha. Pues no es menos verdad que, si «históricamente aquel órgano del poder, se ha desarrollado «para fines burgueses», hay que crear en el presente el «órgano proletario que realice la función histórica de la revolución social». ¿Y eso se hace con «programas de gobierno» ó con la organización revolucionaria del ejército proletario? Respondemos con esta otra verdad de Labriola que no figura por cierto en el libro del diputado Justo: «En la historia siempre vale más una hora de violencia que un siglo de desarrollo gradual! Y los políticos que ignoran esta verdad, mientras pretenden dirigir la historia, pueden irse á dormir. Ellos no son de este mundo».

Pero para calificar la importancia del legalismo político, nada mejor que una observación de Seignobos que nada tiene de socialista: «En ningún país de Europa el partido democrático ha empezado tan pronto su propaganda como en Inglaterra. Ningún otro partido democrático ha removido masas tan numerosas... Pero esas masas democráticas «respetuosas de la legalidad», se han paralizado ante la resistencia del gobierno aristocrátcio... «Han obtenido menos ellos en medio siglo de manifestaciones que un puñado de republicanos franceses con un golpe de fuerza en un sólo día».

«No somos el partido de la ilusión», ha dicho repetidas veces en sus discursos de propaganda el doctor Justo. Y tiene razón. El idealismo—que á eso se refiere—no se ha hecho para los profesionales de la política. Lo cual no quiere decir sin embargo, pues acabamos de constatarlo, que no sean teóricos hasta la saciedad. Una sóla cosa interesa á los jefes del socialismo: el poder. Y el poder los corrompe ó los anula.

La discordia que hay entre socialistas y anarquistas; obedece á la opuesta psicología de unos y otros. Es la diferencia que siempre ha habido en el mundo entre los que «parlan» y los que «hacen».

Los primeros han llenado las naciones de diputados y los diputados socialistas han sembrado de sofismas la lucha social.

Los segundos forman en cambio, constelaciones de mártires, génios y héroes que honran á la humanidad, porque ennoblecen la vida, el arte y la ciencia y continúan siendo á través del tiempo y el espacio, el espíritu santo de la Libertad de los pueblos. ¿Para qué citar nombres?

¡Hay una gran diferencia entre los hombres que escriben la historia con su sangre y los que la embrollan con leyes escritas!

Oigamos al amado cronista Gomez Carrillo en una de sus últimas correspondencias á la Argentina hacer el panegírico de los revolucionarios rusos atormentados y asesinados en los presidios:

He aquí la pintura de una cuádruple ejecución: «Unos cosacos entraron en el calabozo y sacaron de sus camas á los cuatro condenados. Se escogió un lugar que no pudiera verse desde las ventanas de las celdas. No había en las cárceles un cadalso. Fué necesario poner en el patio una escala de bomberos. Los condenados fueron colocados al pie de la escala. Se les leyó la sentencia de nuevo. Uno de ellos, que no tenía sino 17 años, estaba muy tranquilo. Nogine Surkov continuaba lo mismo. Al fin comenzaron á colgarlos, uno por uno. Fué necesario esperar que el primero estuviera frío para descolgarlo y colgar al segundo con la misma cuerda. Así los otros dos. Los verdugos eran dos guardianes enmascarados. Este espectáculo macabro no hace, empero, temblar el alma de los que luchan por la libertad. La muerte, todos los apóstoles saben contemplarla de frente, sin miedo, sin cobardía. En el juego de las revoluciones ya se sabe que se expone la vida. Pero hay algo peor que morir, y es vivir envilecido.»

Y como si fuera el eco del bello corazón del insigne cronista, ved como le responden los socialistas anarquistas de este continente en un párrafo del periódico «La Protesta»:

«Toda la cabida de nuestros periódicos, tan esparcidos y numerosos, es todavía poca para la fuerza anarquista que podría manifestarse! Las más inesperadas revelaciones, que sorprenden por su fuerza vigorosa, no son sino anticipaciones. Lo menos es lo que logra salir á la luz. Queda la gran reserva de fuerza inmanifestada que es el secreto de nuestra veta siempre renovada, de nuestras aguas manadas de la piedra viva al ser heridas por el hacha. Esto es el secreto de todos los sofrenones recibidos de quien no se piensa ni se hace juicio, el secreto anarquista por excelencia, el que nos salva en el momento preciso, el que nos afirma y confirma rehaciendo por un lado LA PROTESTA quemada, rechazando por el otro toda desviación perjudicial.»

Y termina Gómez Carrillo que no profesa ideas anárquicas: «estos infelices «compañeros nuestros», periodistas, oradores, pensadores, apóstoles, yacen sepultados en los subterráneos helados de las cárceles de Siberia, sin fuego, sin aire, sin luz».

¡Cualquier día se va oir á los socialistas llamar «compañeros» á aquellos mártires!

La acción parlamentaria

Imposible ofrecer un balance de la obra realizada por la representación socialista en su primer período parlamentario. ¿Qué han hecho en realidad, los dos diputados en el Congreso? ¡No han hecho nada! Se estrenaron violando el mandato de sus electores en lo que se refiere á la derogación de las leyes de residencia y de defensa social. Pidieron la reforma, no la abolición de la primera, lo que equivalía á reconocer su constitucionalidad. El rescate de las libertades públicas que era y continúa siendo lo que urge á los trabajadores para librarse de la odiosa y ultrajante dictadura policial que pesa sobre ellos, ha sido postergado también esta vez, según reza la nómina de asuntos á tratarse en las sesiones del año.

Sobre la material urgencia del abaratamiento de la vida, ¿qué ha hecho, ó mejor qué pueden hacer los diputados socialistas y gubernistas que solucione el formidable problema? Los doctores del socialismo argentino no ignoran en el fondo que tan serios fenómenos económicos como éstos, que en el mundo entero agitan la existencia social de los pueblos modernos, no se conjuran con disminución de impuestos y supresión de aduanas. Si tal creyeran, preciso sería reconocer que no han penetrado más allá de la cáscara las teorías económicas sobre las que se edifica la doctrina de la revolución.

Tampoco se ha dado el caso de que una vez siquiera, les haya servido la banca para denunciar la falta de garantías constitucionales que sufren los trabajadores de ideas gremialistas.

El caso del obrero Hucha, recientemente embarcado y deportado á Europa, á pesar de ser ciudadano argentino de nacionalidad española como el senador Del Valle Iberlucea; de estar procesado; hallarse bajo la acción del juez federal en la ciudad del Rosario, el cual lo reclamó últimamente á la policía de Buenos Aires, ¿no era el mejor caso para interpelar al P. E. de la nación, y demostrar ante el pueblo de la República de que acá la policía de la Capital Federal asume todos los poderes y se burla de los tribunales mismos de la justicia?

Y entonces, ¿cuál es la utilidad grande, fecunda y noble prestada por ellos, no ya á la classe proletaria, sinó á la masa misma de sus electores? ¿Chicanear como vulgares amas de llave el sueldo á los empleados con más de 200 pesos? ¿Hacerles aumentar 5 ó 10 pesos miserables á los carteros para que se rediman de su miseria?

¡Ah, emplazo á aquéllos que se han dejado seducir de buena fé por la pirotecnia verbalista de los aludidos legisladores, para que, una vez concluído el ruído de esta batalla sin muertos donde se dispara con pólvora sola, se dén cuenta de la ingeniosa comedia que ante los ojos del pueblo bonachón y crédulo se ha estado representando!

Verán entonces que los políticos del socialismo, han perdido el olor á blusa proletaria y en nada se diferencian ya de los otros políticos.

Tal vez son más hábiles actores que ellos y... ¡es natural que trabajen mejor!

Otros hechos

He dicho ya que el socialismo no es un partido orgánico entre nosotros. Tampoco es un partido obrero por que la organización obrera en su casi totalidad en la Argentina, es independiente de toda influencia política. Pero si cabía alguna duda sobre lo segundo, esa duda se ha encargado de despejarla el último congreso socialista realizado en esta capital. A iniciativa del doctor Justo, se resolvió expulsar del partido á todo extranjero que se negara á tomar carta de ciudadano argentino. Es una franca declaratoria de que lo que al partido le interesa no es la acción de clase, sino el voto; no es la acción del obrero como obrero ante la prepotencia del capitalismo, sino la concurrencia del obrero como elector, lo importante.

Como corolario de esta incongruencia doctrinaria, viene luego la gran plancha del diputado Justo en la huelga del Rosario donde recibiera una imborrable lección de los trabajadores ácratas.

Y es que el doctor Justo, á pesar de ser el que tiene visiones más claras en materia de ideas sociales, lleva algo obtuso dentro del cerebro que lo ofusca, lo ciega, lo fanatiza, haciéndole asumir actitudes insólitas por lo sectarias.

El sectarismo fué lo que lo indujo á desconocer despectivamente en un reportaje que le hiciera un diario rosarino, la existencia del Comité que había decretado una huelga de todos los gremios en acto de solidaridad con los obreros tranvieros.

El doctor Justo insistió con demasiada tenacidad en inmiscuirse en una cuestión donde para nada se necesitaba de su intervención oficiosa. Contra la voluntad de la Federación que no quería intermediarios políticos para solucionar un conflicto que deberían resolverlo los mismos trabajadores, el diputado Justo consigue hacerse nombrar árbitro por los tranvieros.

¿Consecuencias? La F. O. Rosarina declara terminada la huelga por haber roto los tranvieros el pacto solidario; el gerente de la empresa se niega rotundamente á atender á los doctores Justo y Bravo; los obreros en litigio quedan abandonados á su sóla acción y los diputados de marras, regresan á Buenos Aires muy tranquilos y... ¡muy triunfantes!

Los nuevos

Hemos presentado á los doctores Justo y Palacios en su actuación pública. Del segundo me he ocupado ligeramente de exprofeso. No le atribuyo mala fé en su acción personal. Lo creo de un fondo más lírico que el primero,, pero presumo por muchas razones, que sus ideas socialistas patriotizadas, no pasan de un inofensivo diletantismo intelectual.

Ocupémosnos aún cuando no sea sino de paso, de los otros legisladores que acaban de estrenarse en ambas Cámaras.

El doctor Repetto,—y todos estos defensores de la clase obrera son doctores—es un distinguido Cirujano, un excelente burgués y un rentista epicúreo. Fundid estos tres elementos y tendréis ahí en cuerpo y alma al hombre.

El doctor Repetto es inventor de una teoría sobre el impuesto tributario, que merece mención. Ha levantado sobre una lonja de tierra una casa de cinco pisos con departamentos para alquilar al módico precio de 300 y 400 nacionales por mes. Y bien, el doctor Repetto opina entre sus camaradas, que el Estado no debería cobrarle impuesto, por cuanto él aprovecha bien el suelo y favorece la super población urbana.

No es que yo piense mal de los potentados revolucionarios. Al contrario: convencido estoy de que llegado el momento de la revolución, los doctores Justo y Repetto, pondrían el par de millones que suman entre ambos al servicio de la causa. Se puede tener mucho dinero y grandes sentimientos filantrópicos de amor hacia los que nada tienen. ¿Y qué mayor grandeza de espíritu que la de estos terratenientes que van hacia la supresión de la propiedad privada?

En cuanto al doctor Bravo, es preferible no aventurar opinión todavía. Está en la adolescencia parlamentaria y es una paradoja viviente, ¡poeta y político!... Los buenos poetas fueron siempre malos políticos; los buenos políticos serán siempre malos poetas.

Puede ser que éste aporte á la lucha en explosiones de sinceridad, con los bríos juveniles de su mente, los romanticismos pasionales de la raza. En fin, el doctor Bravo es todavía un interrogante.

No así el doctor del Valle Iberlucea, cuyo triunfo fué obtenido á pesar de los dirijentes del partido.

—«No conviene ponerlo á Repetto de candidato á senador por que sería mandarlo al muere»,—aconsejó el jovencito Di Tomasso en el seno de la asamblea electoral. Y así se hizo.

Al doctor Iberlucea lo consideré siempre un intelectual honesto, de temperamento impresionable y afectivo.

Pero, ¡qué diferente es el hombre de la cátedra y la plaza pública, al hombre de la heladera parlamentaria!

El doctor Iberlucea ha arriado con pasmosa cobardía la bandera de su internacionalismo, se ha estrenado declamando tiernos romanticismos de patria para conquistarse la tolerancia de los fósiles que ocupan aquel sarcófago legislativo que se llama el Senado.

He aquí el final irónico del discurso del senador radical, á quién se le tiene por un orejudo como intelectual, al fundar su voto en contra del diploma socialista:

—«En fin, señor presidente, me felicito de haber obtenido que el candidato haya hecho su profesión de fé nacionalista. El candidato doctor del Valle Iberlucea, ama á la patria; ama al himno nacional y ama al ejército».

¡Ah, el poder doctor Iberlucea; ¡el poder está maldito! ¡Todo lo corrompe; y en política, desengáñese Vd., no hay arcángeles del cielo que combatan con la espada de fuego del derecho, la iniquidad y el error perpetrados por la fuerza de los unos y el miedo de los otros! No hay sino trepadores de la fortuna, aventureros del Ideal, logreros viles del éxito: mezquinos apetitos y vulgares ambiciones.

Mienten los que se revisten de virtud para tener derecho á levantar más alto la voz. Esos que alegan la virtud en el reino

(Continua en la pag 2)

"La Columna de Fuego"

Drama en 3 actos y 5 cuadros

POR

ALBERTO GHIRALDO

ACABA DE APARECER

Precio $ 1 m.n. el ejemplar – Pídase en los Kioscos donde se vende IDEAS Y FIGURAS : : :

Obras en venta

EN LA ADMINISTRACIÓN

DE "IDEAS Y FIGURAS"

LA CRUZ (Drama en 3 actos) $ 1.00 m/n
SANGRE NUESTRA..... » 2.00 »
ALBERTO GHIRALDO por
Juan Mas y Pi ..... » 0.50 »
MARIA CLARA (Novela por
Margarita Audoux)..... » 1.00 »
CRONICAS ARGENTINAS
por Alberto Ghiraldo ..... » 1.00 »
LA COLUMNA DE FUEGO
(Drama en 3 actos y 5 cuadros)
por Alberto Ghiraldo..... » 1.00 »

Envio libre de porte á cualquier punto de la República. Descuento á los libreros y agentes de IDEAS Y FIGURAS. Pedidos á la administración de esta revista calle CORRIENTES 462, Buenos Aires.

Administración de IDEAS Y FIGURAS: CORRIENTES 462-Bs. Aires ---- Número suelto: 20 centavos